

EL CAMINO DE SANTIAGO

EL CAMINO DE LAS ESTRELLAS



MARIO GONZÁLEZ SÁNCHEZ
concierto

Trabajo de investigación, que recoge las obras que forman parte
de este nuevo trabajo musical.



El descubrimiento de la Tumba del apóstol “Campus Stellarum”

La fecha del hallazgo del sepulcro de Santiago ha estado condicionada históricamente por las intromisiones de Carlomagno, el emperador galo que pretendió colgarse la medalla de su localización. Las fuentes épicas del país vecino intentaron a través de la literatura convencer a lectores y peregrinos que Carlomagno fue el inventor del Camino, del fenómeno jacobeo y de todo lo relacionado con la reforma cluniacense y vigilancia de la ruta. Se inventaron la fecha del año 813 como la del descubrimiento, casualmente un año antes de la muerte del emperador. Pero no es verdad.

La historia más creíble, adornada convenientemente a lo largo de los siglos para maquillar la leyenda del Camino de Santiago, es la siguiente. Un ermitaño, de nombre Pelayo, y los vecinos de la parroquia de San Félix de Lovio, llevaban tiempo observando unas luces resplandecientes o luminarias y escuchando cantos y músicas angelicales procedentes de un bosque próximo. Se comunicó lo sucedido a Teodomiro, obispo de Iria Flavia - cerca del lugar - que fue a comprobar las supuestas luces y músicas y encontró entre la maleza una especie de templete que



guardaba un triple enterramiento. Se pudo comprobar que aquellos cuerpos correspondían a los de Santiago mayor, Anastasio y Teodoro, colaboradores del apóstol, cuyos cuerpos se guardan en la misma urna de plata de la catedral compostelana. Aquel campo de las luces, de las estrellas, pasó a denominarse "campus stellarum o stellarum", Compostela.

Existen varios testimonios y estudios que confirman al menos la antigüedad del lugar; posiblemente un castro celta en su origen y después una necrópolis romana. Sobre aquel templete de luces y música angelicales los monarcas Alfonso II el Casto y Alfonso III levantaron las primeras iglesias compostelanas. Luego llegarían las catedrales románica y barroca, las que hoy conocemos.

Aymeric Picaud

Aymeric Picaud es uno de los personajes históricos a los que peor ha tratado la historia del camino de Santiago. Este monje francés del siglo XII, nació en Poitou, fue secretario personal del Papa Calixto II. Realizó el Camino a Compostela. Esta aventura en aquella época estaba llena de aventuras y peligros, nuestro protagonista fue asaltado por algunos individuos de la zona, los cuales mataron a



sus caballos, hecho este crucial para la imagen de los pueblos del Camino, haciendo referencia a las malas artes de los mismos en diferentes pasajes del libro V. Los “portazgos” fueron otra de las recurrentes quejas que dejó escrito en el libro de las peregrinaciones, estos portazgos eran los pagos que debían hacer los viajeros por derechos de paso sobre caminos, puentes (los peregrinos estaban exentos del pago, pero la codicia de los portazgueros en muchas ocasiones no eran capaces de diferenciar entre estos y los ricos mercaderes, por lo que cobraban a todo aquel que intentaba pasar). Aymeric pensaba que los nobles de la zona se aprovechaban de la situación.

Nuestro protagonista escribió una valiosa obra: La primera guía del Camino de Santiago; incluso nos atrevemos a decir que la primera guía de viajes de Europa, incluida en el libro V del Códex Calixtinus, también llamado Liber Sancti Jacobi, conservada hasta hace unos meses en la Catedral de Santiago.

El monje describe con mucho detalle elementos geográficos y etnográficos, costumbres de la época y numerosas anécdotas, avisos de peligros, etc. Picaud organizó el itinerario, a través del “Camino Francés”, en trece etapas perfectamente delimitadas, cada una de las cuales debía



hacerse en varios días a razón de unos 35 kilómetros diarios a pie, o casi el doble si se hacía el Camino a caballo. Señaló las distancias entre pueblos, los santuarios y monumentos del trayecto, e incluyó observaciones sobre gastronomía, potabilidad de las aguas, carácter de las gentes y costumbres de los pueblos.

Una guía realmente completa y muy exacta y actual para la época en la que fue escrita. Para promocionar el santuario de Compostela incluye una relación de enfermedades curadas por Santiago. La guía también contiene el descubrimiento del apóstol. Los monjes de Cluny han atribuido este códice al Papa Calixto II, pero como ya hemos tratado en algún otro post la realidad es que para promocionar la obra se cambiaba la autoría de la obra para que apareciese escrita por alguna autoridad renombrada y así conferirle más importancia a la misma. Parece ser que Aymeric Picaud llevó el Códex Calixtinus a Santiago sobre el año 1140 acompañado de la que fue su inseparable compañera de viajes Girberga de Flandes y que en la actualidad se atribuye la autoría compartida del manuscrito.



La etapa más dura del Camino Francés

Roncesvalles

La etapa pirenaica que nos lleva de Saint-Jean-Pied-de-Port a Roncesvalles, jornada inaugural para muchos peregrinos, es, sin duda, la más dura y espectacular de todo el Camino Francés. Rampas exigentes y un continuado ascenso elevan a los caminantes desde los 180 metros de Saint-Jean-Pied-de-Port hasta los 1.430 metros de altitud que coronan los puertos de Cize. Una dureza que se ve compensada por grandiosas vistas y parajes naturales de gran encanto, que no dejan indiferentes a los romeros. De hecho, Saint-Jean-Pied-de-Port se sitúa como el segundo principal lugar de partida hacia Santiago. Como puntos a favor de iniciar recorrido en este enclave se sitúan el propio encanto de esta localidad francesa –una de las más bellas de la andadura jacobea–, lo majestuoso de la subida por la antaño conocida como ruta de Napoleón –fue por donde entraron las tropas galas para invadir España– y el regocijo de cruzar a pie la frontera.

En la Edad Media muchos romeros ya se juntaban en Saint-Jean-Pied-de-Port para afrontar juntos la dura subida y posterior bajada hasta Roncesvalles. En la epopeya épica de la Chançon de Roland se narra y mitifica la derrota que la retaguardia del ejército carolingio sufrió en su regreso a Francia tras una expedición a Zaragoza. Esta gran primera derrota de Carlomagno, en la que falleció Roldán, su sobrino, conmovió a la nación francesa. En el lugar de Ibañeta se levantó un monolito en recuerdo del



héroe francés así como la moderna capilla de San Salvador. Inaugurado en 1965, el templo recuerda la existencia de un antiguo monasterio que daba asistencia desde el año 1071 a los peregrinos medievales. El primer edificio que se encuentran los peregrinos al llegar a la población es el albergue.

Los peregrinos Medievales llegaban a Roncesvalles agotados y enfermos, tras haber superado la dureza de los pirineos, que en invierno presentaba una dificultad extremadamente alta. Aquí dejaron sus vidas muchos peregrinos, ya que debido a la peligrosidad del camino y la escasa visibilidad, se desviaban de la ruta que debían seguir.

Dicen las leyendas que adornan este trayecto que en las épocas estivales y de mejor tiempo se podían ver los cuerpos de los peregrinos que dejaban sus vidas en esta parte del camino.

Si los peregrinos fallecían era también deber de los hospitales hacerles un entierro con toda solemnidad y darles sepultura en iglesias y cementerios, algunas veces hechos exclusivamente en su beneficio. Uno de los ejemplos más significativos es el carnario de Roncesvalles, en la capilla del Sancti Spiritus llamado también Silo de Carlomagno.



A lo lejos, los peregrinos podían oír las campanas de La Colegiata, que les anunciaba la proximidad del hospital y el merecido descanso.

Aunque hay precedentes en el mundo pagano, los hospitales medievales tienen origen cristiano en Europa. Al inicio de las peregrinaciones, a partir del siglo IX, los únicos alojamientos posibles eran los monasterios, generalmente bajo las reglas de San Agustín o San Benito (la regla benedictina ordena recibir a los huéspedes como al mismo Cristo) y, desde luego, no hubo hospitales clínicos hasta mucho tiempo después.

La terminología latina distinguía entre *hospitium* (hospedería, albergue del huésped, hospes), que en los monasterios era el edificio destinado a los huéspedes, y *hospitales*, adjetivo aplicado a la persona generosa que alojaba en su casa a los necesitados. El significado evolucionó de modo que “hospedería” era el alojamiento de huéspedes, “hospicio” equivalía a casa de misericordia para niños huérfanos o desamparados, “hospital” era el edificio donde se trataban enfermos y “hostal” la hospedería donde los transeúntes hallaban comida y alojamiento mediante el pago de la estancia y gastos. Las “elemosinarias”



o “limosnerías” (de domus elemosinaria) repartían limosnas y alimentos a los transeúntes necesitados, lo que dio lugar a la aparición del “limosnero” en los monasterios.

Vía Láctea

Desde que el hombre comenzó a mirar al cielo, ese reguero blanquecino que hoy conocemos como Vía Láctea nos ha llamado siempre la atención. En todas las culturas antiguas aparecen mitos y leyendo acerca de cómo se formó y qué función tiene: desde que es el camino para las almas caídas, según los vikingos; hasta que es leche del seno de Hera (Juno para los romanos) que se derramó al separar a Heracles (Hércules para los romanos) de su pecho con violencia, según los griegos; pasando por un montón de historias diferentes para el resto de pueblos como los mayas, los chinos, o las tribus indias. Más recientemente, la Vía Láctea adquirió otra función más acorde a los tiempos de la Edad Media, la peregrinación con motivos religiosos.

En el siglo XII de nuestra era, se escribió el Códice Calixtino que es una especie de guía para facilitar la llegada de los peregrinos a Santiago de Compostela, además de contener textos religiosos como liturgias y salmos. En dicho Códice, conservado actualmente en el archivo de la catedral de Santiago de Compostela, se consolida la relación de la Vía Láctea con el Camino de Santiago. Y digo



consolida porque anteriormente ya se había hablado de esta relación pues se creía que la Vía Láctea era una señal divina formada por una catarata de estrellas que caía del cielo y apuntaba hacia el sepulcro de Santiago. De esta forma se encontró el supuesto sepulcro del Apostol y se creó la ciudad en el siglo IX. Fue a partir de entonces cuando comenzó la peregrinación de gente procedente de toda Europa hacia la ciudad para adorar el santo sepulcro. Volviendo al Códice, lo que se relata en él es que el propio Apóstol se le apareció a Carlomagno para indicarle que siguiendo la Vía Láctea podría llegar a Santiago de Compostela.

La Orden Hospitalaria de San Antón.

Los señores de la tau

Orden hospitalaria también conocida como de San Antón, de los Caballeros de San Antonio, Hermanos Hospitalarios de San Antón, etc. Nacida en Francia en 1095, logró una rápida expansión por Europa.

Su principal función era la atención a los afectados por la enfermedad del ergotismo gangrenoso, que se extendía por el continente. Conocido popularmente como fuego de San Antón -por ser los antonianos los encargados de combatirlo- o fuego sagrado, por las altísimas fiebres que



ocasionaba, producida por el consumo de pan de centeno afectado por toxinas provocadas por hongos parásitos del cornezuelo del centeno.

Se instalaron en el Camino para prestar atención a los muchos peregrinos que marchaban a Santiago buscando remedio a este mal.

Los antonianos llegaron a España a través del Camino Francés, en el siglo XII, y en esta centuria lograron su mayor implantación, regentando varios hospitales. Su centro más conocido y poderoso en esta Ruta -y también en toda la Península- fue el hospital de San Antón de Castrojeriz, Burgos, del que se conservan restos.

Los antonianos combatían el fuego sagrado dando a los enfermos y peregrinos pan fresco, además de una serie de preparados de farmacia. Gran número de peregrinos que iban hacia Santiago y Roma recibieron su ayuda, especialmente en Francia, según aparece en numerosos relatos.

Además del hospital de Castrojeriz, que llegó a ser cabecera de la orden en España, otros con fama en el Camino Francés fueron los de Pamplona, Puente la Reina -quedan ruinas- Viana, alto de San Antón -antes de Nájera, en dirección oeste- León -pudo haber varios- Sarria y Porto-



marín. Llegaron a contarse hasta veintidós centros hospitalarios de la orden para alojar peregrinos. Con la disminución de la enfermedad -tras constatarse su relación con el cornezuelo- los antonianos entraron en una progresiva decadencia. En 1787 el papa Pío VI los integró en la Orden de Malta.

Los señores de la tau. Los antonianos, con su hábito negro y la cruz azul de la tau -cruz sin su parte superior-cosida en él, resultaban inconfundibles. Su historia comenzó en el siglo IX, cuando un grupo de caballeros franceses parten para Bizancio, donde esperan encontrar el cuerpo de San Antón Abad, eremita egipcio del siglo III que había vivido en el desierto, aislado del mundo. Logran hacerse con la reliquia y la traen para la ciudad de Saint-Antoine-de-Viennois.

Ya en el siglo XI, al noble francés Gastón de Valloire se le aparece el propio San Antón, con un báculo en forma de tau en la mano, diciéndole que su hijo, enfermo del fuego sagrado, se curaría si destinaba todos los bienes que tenía a ayudar a los afectados por dicho mal.

Días después el muchacho se cura y ambos -padre e hijo- venden todos los bienes y se visten con unos hábitos negros en los que cosen la señal de la tau, imitando la forma del bastón con el que San Antón se había aparecido a



Gastón. En Egipto, la tierra original del santo, la tau representaba la vida después de la muerte y había sido el propio San Antón el primero en utilizarla. Se trataba de una forma presente también entre los primeros cristianos, quizá en línea con las teorías que defienden que Jesús fue martirizado en una cruz en forma de tau, de uso habitual por los romanos. Los antonianos, cuenta Juan Ramón Corpas Mauleón, acostumbraban a rozar con un báculo en forma de tau las extremidades gangrenadas de los peregrinos.

Sea como sea, lo cierto es que la Orden de los Antonianos, tanto por la inusitada eficacia de sus remedios medicinales como por su origen e historia, tuvo una existencia cargada de simbolismo y misterio, elementos que continuaron latentes tras su desaparición y que han dejado su huella en el Camino.

Dicen los que conocen todas las ‘piedras’ del Camino, que éstas que se levantan sobre la misma ruta jacobea, a tres kilómetros de Castrojeriz (Burgos), están sembradas de misterio. Hay peregrinos que hablan de una estampa sobrecogedora cuando al doblar la última curva se tropiezan con el imponente esqueleto de un monasterio medieval. El encontronazo, por inesperado, impacta. Y si se produce al anochecer, muy lejos de la más cercana luz



artificial y bajo esa infinita luciérnaga que es el cielo castellano, la contemplación resulta emocionante, transporta al caminante a siglos pretéritos y pone a hervir la imaginación.

Son las ruinas góticas del viejo convento de los Hospitalarios Antonianos, los monjes que desde el siglo XII y hasta la desaparición de la Orden a finales del XVIII, dedicaron su vida a auxiliar y sanar a los fieles que dirigían sus pasos hacia Santiago de Compostela. Desde entonces, los peregrinos han encontrado refugio en este recio monasterio burgalés. En aquellos remotos tiempos los clérigos proporcionaban a los exhaustos penitentes pan y agua, y curaban sus heridas, sobre todo el llamado ‘fuego de San Antón’, un mal muy común entre los caminantes que se producía por comer pan de centeno infectado por el hongo del cornezuelo. Aquel ‘fuego’ podía llegar a gangrenar las extremidades y generaba en los enfermos alucinaciones y convulsiones propias de lo que, en el argot popular, se conoció como el baile de San Vito.

La Orden de los Antonianos desapareció en 1789 y los últimos frailes abandonaron el convento dos años más tarde, cuando fue clausurado por Carlos III, llevándose sus túnicas oscuras y sus enigmas, y dejando allí un ex-



traño ramillete de cruces de San Antonio (la Tau) esculpidas en muros, capiteles y arcos, y en ese rosetón que, como un inquietante ojo de piedra, escudriña a todo el que osa atravesar sus pórticos. Con la desamortización de Mendizábal, en el siglo XIX, el convento pasó a manos privadas. Y ahí sigue majestuoso pero vulnerable, sin que jamás las administraciones se hayan interesado por recuperarlo, y con la amenaza latente de que, en un futuro, siga los pasos del tan traído y llevado claustro de Palamós.

La leyenda de la concha del Camino de Santiago

La Concha de Santiago

Con Jerusalén y Roma, Santiago de Compostela es uno de los lugares de peregrinación más importantes de la cristiandad. Cada año miles de peregrinos -más de 200 mil- recorren las diferentes rutas jacobeanas que en España, también de Francia, llegan hasta la Catedral compostelana donde se halla la tumba del Apóstol Santiago.

Uno de los símbolos más difundidos de esta antigua romería es la Concha -Vieira- del peregrino, cuyo origen está ligado a una pretérita leyenda vinculada al propio comienzo del camino jacobeano.



Cuando el barco que portaba el cadáver del fiel seguidor de Jesús llegó a la altura de las islas Cíes, en la boca del Río Vigo y frente a las costas de Bouzas en Galicia, los discípulos de Santiago notaron que a orillas del mar se estaba celebrando una boda donde tenía lugar un particular juego; éste consistía en montar a caballo mientras el jinete lanzaba al aire una lanza o bofarda que tenía que recoger antes que llegara al suelo. Se cuenta que cuando el cuerpo del Apóstol Santiago fue traslado de Jerusalén a Galicia en barco por los discípulos que lo habían acompañado en su tarea evangelizadora en Hispania, sucedió un hecho milagroso, pero también cargado de humor.

Le llegó el turno de jugar al novio, quien lanzó la bufarda al aire y salió cabalgando como pudo para alcanzar la lanza con la sorpresa que ésta se desvió al mar. El joven corrió para alcanzarla desbocándose con su caballo en el mar. Ante el asombro de todos, el novio, caballo y la lanza quedaron hundidos en el agua; pero de repente reaparecen al lado de una embarcación que se acercaba a la orilla: era el barco que portada el cuerpo mortal del Apóstol Santiago.

El toque de humor de la historia sucede cuando el novio y su caballo se reincorporan. Al ir a saludar a los navegantes, el joven notó que estaba totalmente cubierto, de



pies a cabeza, con conchas de vieira. Los discípulos del Apóstol interpretaron tal suceso como un milagro, e invitaron al novio a subir a la embarcación. Mientras llegaban a la orilla conversaron de lo ocurrido, sucediendo el verdadero milagro: el joven había decidido convertirse al cristianismo.

Al regresar a tierra, el joven contó lo ocurrido a los invitados, quienes vieron los acontecimientos desde la orilla. Muchos de ellos también decidieron convertirse al cristianismo. La embarcación siguió su camino al norte hacia la ría de Aurosa, donde desembarcaron para trasladar el cuerpo del Apóstol hasta Padrón, donde fue sepultado.

Incluso el “Códice Calixtino” -manuscrito iluminado atribuido al Papa Calixto II-, habla del gran significado de la vieira y el hecho de que los caminantes la utilizaran en sus capas para rendir tributo al Apóstol. Hoy el símbolo continúa, colocándose en la mochila del peregrino. Con el paso de los años, y para perpetuar este hecho, se impuso la costumbre de que cada peregrino que participase en la peregrinación hacia la tumba del Apóstol Santiago, llevara consigo la concha de vieira, creándose así un símbolo que ha permanecido con el paso de los siglos y hoy identifica al Camino de Santiago.



Además de este simbolismo, la concha tiene un uso práctico, ya que era utilizada como un vaso natural, por lo que se supone el frecuente uso por parte de los peregrinos para calmar la sed en los manantiales y río.

Puente sobre el Río Salado

Este puente fue construido entre los S.XII y XIII, para que la calzada romana salvara el cauce del río Salado, tiene dos bóvedas ligeramente apuntadas y tajamar aguas arriba, carecía de pretilos y de pavimento. Fue sometido a un gran trabajo de restauración, con el fin de devolverle su antiguo aspecto.

De este lugar, escribió Aymeric Picau en su guía del Peregrino Medieval “Codex Calixtinus”:

Por el lugar llamado Lorca, por la zona oriental, discurre el río llamado Salado: ¡cuidado con beber en él, ni tú ni tu caballo, pues es un río mortífero! Camino de Santiago, sentados a su orilla, encontramos a dos navarros afilando los cuchillos con los que solían desollar a las caballerías de los peregrinos que bebían de aquella agua y morían. Les preguntamos y nos respondieron mintiendo, que aquel agua era potable, por lo que dimos de beber a nuestros caballos, de los que al punto murieron dos, que los navarros desollaron allí mismo.



En la actualidad, este corto río que nace en la sierra de Andía y desagua en el cercano Arga, pasa bajo el puente con un caudal más bien escaso. Tampoco hay pruebas de que los hechos relatados por Aymeric fuesen totalmente ciertos, pues más parecen producto de su manifiesto odio a los navarros y de su sensacionalista forma de escribir.

Los Templarios en el Camino de Santiago

La huella de los templarios

Impresionantes iglesias cargadas de símbolos mágicos, castillos y leyendas. El legado del Temple en España es de los más fecundos de Europa y la ruta jacobea concentra gran parte de esta herencia fascinante.

España es uno de los territorios de Europa con mayor presencia de rastros de la mítica Orden del Temple. Castillos, iglesias, ermitas, lápidas con misteriosas inscripciones e historias recorren campos y ciudades y nos dan muestra de la importancia que esta orden medieval tuvo en los diferentes reinos hispánicos. Y el antiguo Camino Francés, ramal principal de las rutas de peregrinación a Santiago, es un ejemplo de la presencia de los templarios en suelo español que, entre otros cometidos, fueron los encargados de proteger a los peregrinos que transitaban hacia Compostela en muchos tramos del Camino, ya no sólo de las bandas de ladrones que transitaban por los



campos y bosques, sino también de los abusos que sufrían por parte de las autoridades locales (como el cobro abusivo de Portazgos –impuestos al tránsito como los actuales peajes-, del que los peregrinos estaban exentos) o la guarda de puentes y pasos de montaña. Se calcula que durante los siglos XII y XIII unas 500.000 personas peregrinaban anualmente a Compostela.

Esta historia fascinante empezó poco después de la Primera Cruzada. El Reino cristiano de Jerusalén apenas contaba con 20 años de existencia cuando dos caballeros franceses (Hugo de Payns y Godofredo de Saint Adhemar) decidieron fundar una nueva orden religiosa y militar que tendría como principal función la defensa de las rutas de peregrinaje hacia la ciudad santa. La idea de estos dos señores fue secundada de inmediata por otros siete guerreros que fueron el germen de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. La incapacidad del recién creado reino para defender los caminos y las fronteras agilizó los trámites y la orden fue oficialmente reconocida en 1119 otorgándosele los terrenos que ocupaba la mezquita de Al-Aqsa como cuartel general y sede. Esta mezquita se había construido sobre la explanada del antiguo Templo de Salomón (del que hoy sólo queda el famoso Muro de las Lamentaciones), razón por la que, desde el principio,



se les apodó como Caballeros del Templo o, más comúnmente, Templarios. Una vez asentados en las vías de peregrinación a Jerusalén, los templarios se expandieron por el occidente cristiano. En la Península Ibérica encontraron solar fecundo debido a dos razones fundamentales: la existencia del Camino de Santiago y la guerra contra el Islam.

El Camino fue un campo fecundo para la orden; en el plano material (como gestores directos de buena parte del trazado o como policía protectora) y en el simbólico. El ejemplo más paradigmático es el aparentemente inocente ‘juego de la oca’, que no es otra cosa que la representación simbólica del camino y las vicisitudes con las que puede encontrarse el peregrino con la muerte rondando, los puentes, la cárcel, el pozo (como representación de la tentación del pecado) o la propia posada, símbolo de la hospitalidad jacobea por antonomasia. Y la pata de oca como representación de ese camino que se manifiesta en marcas en el camino, bajo relieves en las iglesias o en esos crucifijos tan especiales de Puente La Reina o Eunáte. Esta relación especial se materializó en un buen número de rastros que van desde simples marcas en piedras del camino o muros a grandes construcciones. Un legado lleno de símbolos esotéricos que ponen de manifiesto la riqueza de los ritos de aquella casta de monjes guerreros



que, tras dos siglos de gloria, fueron proscritos por la iglesia que juraron defender.

La Ermita de Santa María de Eunate (Muruzábal; Navarra) Se la cataloga como el ejemplo paradigmático de la arquitectura templaria en tierras ibéricas. Hasta su situación es especial: se encuentra a pocos kilómetros del lugar dónde se juntan los caminos Navarro y Aragónés, dos de los ramales de la ruta francesa hacia Compostela. Misteriosa hasta en el nombre. Para unos cien puertas en euskera (Ehun Nate), en alusión a los arcos del claustro exento que rodea a la iglesia –en realidad son 33 en alusión a la edad de Cristo- y que simboliza el camino de iniciación hacia la paz interior. Para otros Buena Puerta (Ona Ate), en relación a los ritos de iniciación que hacían los templarios cuando ingresaban a la orden. Porque Eunate está llena de símbolos y mensajes ocultos que ponen de manifiesto la enorme riqueza esotérica y mágica de los edificios del Temple.

Planta octogonal y forma de faro; un homenaje al Santo Sepulcro de Jerusalén que, según la tradición servía de señal a los peregrinos gracias a las luminarias que se encendían en su lucernario. Una ermita a la vez funeraria –se han encontrado tumbas- y portal de iniciación dónde abunda la simbología templaria como el misterioso



‘Baphomet’, una síntesis de hombre y macho cabrío que no se sabe muy bien lo que simbolizaba: para algunos es un acrónimo griego que se relaciona con la vida, la luz y la sabiduría (bois, phos, metis) y para otros es un intento de unir cristianismo e islam a través de la unión de las primeras tres palabras de Bautista (Bap) y las cinco últimas de Mahoma (homet).

Desde Puente la Reina hacia tierras riojanas (Navarra). Esta pequeña ciudad fue uno de los epicentros de la actividad templaria en tierras de Navarra ya que, desde aquí, la orden controlaba un buen tramo de Camino y el acceso al propio Puente la Reina, una de las infraestructuras viales más importantes de la ruta. El monumento templario de la localidad es la Iglesia del Crucifijo, vinculada a un antiguo monasterio que perteneció al Temple hasta su expulsión en el siglo XIV. Más allá de la belleza arquitectónica del edificio, lo realmente importante de este lugar es el crucifijo de principios del gótico en forma de pata de oca, un símbolo claramente templario como ya habíamos comentado con anterioridad.

Eunate marca el inicio del tramo templario del Camino en Navarra, que sigue más allá de Puente la Reina con varios hitos importantes. El más importante está en To-



rres del Río que tiene otra de las joyas templarias de España. La Ermita del Santo Sepulcro, una joya del Románico que incorporó elementos de la tradición islámica del sur de la Península Ibérica poniendo de manifiesto esa obsesión templaria de unir los dos mundos. Al igual que pasa en Eunate, la planta del edificio es octogonal y prima la verticalidad. Dicen que también funcionaba como faro de peregrinos y ‘de muertos’ y en sus inmediaciones se han localizado varias tumbas. Es una maravilla que merece la pena verse con detenimiento.

Atravesando las tierras de Castilla y de León.- El Camino se interna en tierras de Castilla en demanda de la ciudad de Burgos. Pero antes, los peregrinos debían atravesar una zona de bosques muy peligrosa en los Montes de Oca, frecuentados por bandas de asaltantes que obligó a las autoridades a echar mano de los guerreros del Temple. Hasta llegar a tierras de Ponferrada, otro de los centros templarios importantes, los rastros de la orden en tierras castellanas se espacian. En Castrojeriz (Burgos) la Iglesia de San Juan perteneció a la orden y en Villalcazar de Sirga (Palencia) los arquitectos de la orden levantaron la Iglesia Fortaleza de Santa María La Blanca, una impresionante construcción a medio camino entre el Románico y el Gótico que servía tanto para la liturgia como para defender



a la pequeña población. En Terradillos de Los Templarios, la orden tuvo importantes lotes de tierras y ya lindando con tierras bercianas, en Rabanal del Camino (león), el Temple construyó la sencilla Iglesia de la Asunción.

Castillo Templario de Ponferrada (Ponferrada; León). De martes a domingo de 10.00 a 14.00 y de 16.00 a 18.00. Es uno de los mejores castillos de España y ejemplo paradigmático de fortificación templaria. La Orden del Temple se instaló en la ciudad en 1178 con el cometido de defender la ruta jacobea en la comarca del Bierzo y, de paso, proteger el Río Sil, una de las entradas naturales a Galicia. Una antigua fortificación romana sirvió de base para la ampliación y modificación del Castillo hasta alcanzar los 8.000 metros cuadrados y un complejo sistema de muros defensivos único en Europa.

El Castillo de Sarracín (Vega de Valcarce; León) Esta fortaleza situada a la margen izquierda del Río Lobos fue, durante siglos, una pieza clave en la defensa de las fronteras de Galicia. La fortaleza se levantó sobre un antiguo castro céltico en el siglo IX poco después de la expulsión de los musulmanes de los territorios gallegos con la doble función de proteger la subida hacia el paso de Piedrafita, uno de los pocos pasos naturales entre León y Galicia, y



favorecer el poblamiento de las comarcas que forman El Bierzo. Los templarios se instalaron en el castillo a principios del siglo XIII para evitar que los señores feudales del valle (instalados en el próximo Castillo de Autares) siguieran cobrando el impuesto de Portazgo a los peregrinos, una práctica que contravenía las ordenanzas del Rey de León Alfonso VI, que eximió del pago de este impuesto a los peregrinos en 1072. El castillo estaba en muy mal estado, pero por fortuna, se está trabajando para consolidar los muros y preparar la fortaleza para la visita. Desde aquí se inicia la ascensión hacia O Cebreiro, primer pueblo gallego del Camino.

Caballeros de la Orden de Santiago

Orden religiosa y militar nacida en el siglo XII en el Reino de León. Lleva el nombre del patrón de España, Santiago el Mayor, y su finalidad era proteger a los peregrinos del Camino de Santiago y, sobre todo, hacer retroceder a los musulmanes de la península.

Surgió tras la unión de varios caballeros del reino en torno a un común deseo de formar una congregación que defendiera a los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela y que, a la vez, custodiara la frontera con los territorios ya ocupados por los musulmanes. Se cree que el núcleo fundacional pudo ser un grupo de trece caballeros, llamados “Fratres de Cáceres”, nacido hacia 1170. El papa Alejandro III dio su aprobación pontificia en 1175,

Mario González Sánchez

Concierto



año oficial de creación de la orden. Su primer Maestro fue Pedro Fernández.

Fue una de las grandes órdenes militares y la más internacional y poderosa del reino castellano-leonés. Junto con la Iglesia compostelana, la orden militar de Santiago se convirtió, durante varios siglos, en una organización clave para entender el desarrollo e influencia alcanzados por el movimiento santiagouista en gran parte de España.

El nombre asociado al apóstol Santiago, a quien se encomendaban los caballeros cristianos antes de entrar en batalla, demuestra la vocación militar que alimentó el origen de la orden. Desde su fundación, inspira a los caballeros santiagouistas la exigencia de combatir a los enemigos de la fe cristiana, con una plena aceptación de la Escritura y con público desprecio hacia la vida mundana. A pesar de esta vocación militar, los integrantes se consideraban frailes, vivían según principios de comunidad religiosa y mantenían una vida de moderación y templanza. La disciplina interna de la Regla, tomada de la Orden de los Agustinos, conminaba a escuchar misa diaria, comunión dominical y ayuno en Cuaresma. Los caballeros admitieron los votos de pobreza y obediencia, aunque no así el de castidad, por lo que pudieron contraer matrimonio.



De acuerdo con el segundo arzobispo de Compostela, Pedro Godoy, el 12 de febrero de 1171, Pedro Fernández y su milicia se consagraron vasallos y caballeros del apóstol Santiago, nombrando al maestre y sus sucesores canónigos de la iglesia compostelana. El arzobispo y los suyos también pasaron a ser frailes de la nueva orden de caballería. Así todos se llamarían en lo sucesivo “caballeros de Santiago” y así los nombraría el papa en su bula.

Todavía se conserva un cuadro de grandes proporciones que representa el momento en que Pedro Fernández, acompañado de los primeros caballeros vistiendo sus capas blancas con la cruz roja de Santiago como emblema de la orden, presenta al papa Alejandro la regla para su confirmación.

La Orden de Santiago siguió un plan militar de reconquista y repoblación de los territorios ocupados por la invasión árabe. La relación con los monarcas de León y Castilla se estrechó en sucesivas participaciones bélicas contra los musulmanes, de lo que resultarán donaciones de villa, castillos y tierras que mantuvo la orden bajo su organización y custodia.

El gobierno de esta comunidad correspondía al Gran Maestre. Esta figura legislaba sobre los caballeros a partir



de tres fuentes: la Regla, que expresaba el régimen disciplinario de los integrantes; los Establecimientos, que regían los apartados administrativos de la orden, y las Leyes Capitulares, que detallaban las instrucciones de gobierno y administración de los vasallos y pueblos recibidos. Tras la muerte del Gran Maestre Alonso de Cárdenas en 1493, los Reyes Católicos incorporaron la orden a la Corona de España y el papa Adriano VI unió para siempre el maestrazgo de Santiago a la Corona en 1523.

Así, la orden pasó a recibir, en alguno de sus emplazamientos, fondos procedentes del Voto de Santiago. Como ejemplo, se puede mencionar que la mitad del Voto de Zamora era destinado a la propia Orden de Santiago. De esta forma seguía siendo la más poderosa y contaba con grandes posesiones por toda la península, con 94 encargos, según Cabrillana Ciézar, y un gran número de vasallos, produciendo, además, sesenta mil ducados a anuales de renta.

San Marcos de León inicia la actividad como albergue de peregrinos en 1442, bajo la Orden de Santiago, que tenía aquí su casa referencial. Entre Carrión de los Condes y Sahagún se situaba el hospital de peregrinos de Santa María de las Tiendas, después de Calzadilla de la Cueva



(1190), que en el siglo XVII pasó a depender de Villalcazar de Sirga. El hospital de Villamartín, fundado por Tello Pérez de Meneses, atendía a pobres y leprosos. En Loio, el hospital fue donado al arzobispado de Santiago por la propia orden, como resultado de un intercambio de bienes mediante un acuerdo fue firmado en 1254 por Juan Arias arzobispo de Santiago y el Maestre de la orden, Payo Pires Correia. A cambio de Loio, la orden recibió Mérida y varios hospitales en Aquitania, así como los de Toledo, de Talavera, de Teruel y de Cuenca.

Otro elemento importante de la infraestructura de la Orden de Santiago fueron los conventos, tanto los masculinos como los femeninos. Además de los conventos para frailes de Uclés y de San Marcos de León, tuvo otros en León, Palmella (Portugal), Montánchez (Cáceres), Montalbán (Aragón) y Segura de la Sierra (Jaén).

En 1275 la comunidad también contaba con seis conventos de monjas, que se denominaban comendadoras. En ellos se podían alojar las mujeres y familiares de los frailes, cuando estos iban a la guerra o morían. Las freilas sólo profesaban castidad conyugal, pero no perpetua, por ello podían salirse del convento y casarse. Los conventos mencionados son: Santa Eufemia de Cozuelos (Palencia),



fundado en 1502; Sancti Spiritus de Salamanca, concedido en 1233; San Vicente de Junqueras (Barcelona), fundado en 1212; San Pedro de la Piedra (1260), en Lérida; Santos-o-Velho (1194), en Lisboa, y la Destiana, en León. Posteriores a estas fechas son los conventos de Membriella (Ciudad Real) y las Comendadoras de Madrid (1650).

Entre los requisitos para el ingreso en la Orden de Santiago figuran los siguientes: “El pretendiente que desee ingresar en ella probará en sus cuatro primeros apellidos ser hijodalgo de sangre a fuero de España y no hijodalgo de privilegio, cuya prueba ha de referirse asimismo a su padre, madre, abuelos y abuelas. Probará de la misma manera que ni él, ni sus padres, ni sus abuelos han ejercido oficios manuales ni industriales. Tampoco se puede conceder hábito a persona que tenga raza ni mezcla de judío, moro, hereje, converso ni villano, por remoto que sea, ni el que haya sido o descienda de penitenciado por actos contra la fe católica, ni el que haya sido o sus padres o abuelos procuradores, prestamistas, escribanos públicos, mercaderes al por menor, o haya tenido oficios por el que hayan vivido o vivan de su esfuerzo manual, ni el que haya sido infamado, ni el que haya faltado a las leyes del honor o ejecutado cualquier acto impropio de un perfecto caballero, ni el que carezca de medios decorosos con los que atender a su subsistencia.”



El traje de ceremonia de los santiaguistas consiste en una capa blanca con una cruz roja en forma de espada, haciendo flor de lis en la empuñadura y en los brazos. En cuanto al vestuario, se conserva un documento que lo describe: “Los caballeros no pueden vestir ni traer ropas de colores salvo prietos ni pardos e blancas nin enforros de mantas, grises o armiños, ni qamarras, ni pueden traer collares, cadenas e guarniciones de oro e plata e otras cosas semejantes.”

Los caballeros de la hermandad utilizan con profusión la simbología santiaguista en su atuendo y en sus armas, que se convierte en una reconocida señal prestigio e influencia. Destaca, sobre todo, la popular cruz de Santiago, una exitosa simbiosis gráfica de la cruz y la espada, del idealismo espiritual y la disposición a defenderlo y hasta extenderlo, al surgir del cristianismo, la religión verdadera y única.

La insignia es una cruz gules simulando una espada, con forma de flor de lis en la empuñadura y en los brazos. Los caballeros portaban la cruz estampada en el estandarte y capa blanca. La del estandarte tenía una venera en el centro y otra al final de cada uno de los brazos.

Las tres flores de lis representan el honor sin mancha, que hace referencia a los rasgos morales del carácter del



Apóstol. La espada supone el carácter caballeresco del apóstol Santiago y su forma de martirio, ya que fue decapitado con una espada. También puede simbolizar, en cierto sentido, tomar la espada en nombre de Cristo. Se dice que su forma tiene origen en la época de las Cruzadas, cuando los caballeros llevaban pequeñas cruces con la parte inferior afilada para clavarlas en el suelo y realizar sus devociones diarias.

Pelayo Pérez de Correa fue el Maestre que mayor esplendor dio a esta institución, incluso hizo decidir a Fernando III el Santo para sitiar Sevilla. En la entrada triunfal de los cristianos en esta ciudad, el primer estandarte que ondeó en sus muros fue el de Santiago, que estaba bendecido por el papa y que, según una descripción del siglo XVII, era de dos puntas y de dos varas de ancho por 5,5 de caída; estaba confeccionado en damasco rojo, con el Apóstol caballero en un caballo blanco, figurando un guerrero a la gineta; una cruz grande con cuatro brazos iguales que remataban en forma de flor de lis, estas de color blanco, y con cuatro veneras de oro sobrepuestas en los ángulos; en el reverso se reproducía el mismo dibujo.



El Santo Grial en San Juan de la Peña

El Santo Grial

Una de las tradiciones más interesantes que hay en Aragón afirma que el legendario Santo Grial fue escondido durante siglos en las montañas de Huesca y custodiado en el Monasterio de Juan de la Peña. Conocedor de esta tradición, el rey Martín I el Humano se hizo con esta preciada reliquia y la trasladó a Zaragoza en 1399 aunque, posteriormente, Alfonso V la depositó en la catedral de Valencia donde se venera desde 1347 con el nombre de Santo Cáliz. ¿Qué es el Santo Grial? ¿Por qué llegó a nuestra tierra? ¿Dónde se ocultó?

Con el término Santo Grial se conoce desde muy antiguo a la copa que utilizó Jesucristo en la Última Cena para instituir el sacramento de la Eucaristía. Por lo tanto, es considerada una de las reliquias más importantes de la cristiandad. Otras tradiciones afirman que, al día siguiente, José de Arimatea también recogió en él la sangre que brotaba del cuerpo de Jesús en la cruz, o quizá pudo ser la que limpió de su cuerpo antes de enterrarlo en su sepulcro. En cualquier caso, se trata de un vaso de especial importancia porque contuvo la sangre de Jesucristo.

Pero, más allá de tratarse de un mero objeto sagrado, el término Santo Grial también tiene otras significaciones



de carácter filosófico, espiritual y mágico. Todas ellas fruto de las leyendas que han acompañado y alimentado su búsqueda a lo largo de los siglos. Generaciones de hombres han ansiado su posesión y se han dedicado buscarlo hasta la actualidad, convirtiendo este concepto en todo un icono de lo misterioso. Encontrarlo fue obsesión de los templarios y de los dirigentes nazis. ¿Qué tiene de especial el Santo Grial que lo hace más valioso que otras reliquias?

El hecho de haber estado en contacto directo con la sangre de Jesucristo alimentó la creencia de que esta reliquia tenía unos poderes extraordinarios. La capacidad de imaginación del pueblo no tiene límites y se llegó a decir incluso que se estaba realizando a partir de una gema caída de la corona de Lucifer. Posteriormente, fue guardada por Moisés en el Arca de la Alianza y depositada por Salomón en el templo de Jerusalén. Desapareció al ser robada por un sacerdote y finalmente reapareció en Jerusalén cuando fue comprada por la Verónica para celebrar la Pascua.

A comienzos del siglo XIII, el poeta alemán Eschembach dio forma al mito del Grial al escribir la historia de Parzival, y mucho tiempo después Wagner lo inmortalizó en



sus óperas Parsifal y Lohengrin. Según esta leyenda el poder del Grial quedó hechizado por una bruja llamada Kundry y un caballero llamado Titurel lo escondió en los Pirineos, en el mítico monte de Montsalvat. Parzival, un caballero verdaderamente puro, utilizando la lanza de Longinos, acabó con el hechizo y desató su poder, pero el Santo Grial se perdió.

Dejando a un lado los pormenores de todas estas creencias desarrolladas por los libros de caballerías, lo que parece claro según la creencia popular es que este Santo Grial fue escondido en la Península Ibérica. ¿Por qué?

Los primeros cristianos guardaron como reliquias muchos objetos que habían pertenecido a Jesucristo y, según la tradición, el Santo Grial quedó en manos de San Pedro puesto que había sido elegido como cabeza de la Iglesia, y este mismo apóstol lo llevó consigo a Roma. Otras tradiciones afirman que primero fue llevado a Antioquía y posteriormente algún obispo sirio lo llevó a la capital del imperio romano. El caso es que a mediados del siglo III formaba parte de los tesoros de la iglesia romana cuando el emperador Valeriano, que intensificó la persecución a los cristianos, exigió al papa Sixto II que los entregase al Imperio. Ante la negativa del pontífice el emperador lo



condenó a muerte, pero antes de morir encargó a su diácono, el oscense San Lorenzo, que vendiese todo y lo entregase a los pobres. San Lorenzo así lo hizo, lo que le valió ser quemado vivo en la parrilla tan solo cuatro días después, el 10 de agosto de 258. Pero de entre todas las joyas salvó el Santo Grial y encargó a dos soldados que lo llevasen a un lugar que él consideraba seguro: la casa de sus padres en Huesca.

Esta sucesión de acontecimientos hizo que el Santo Grial terminase oculto en Huesca, en casa de San Orencio y Santa Paciencia, padres de San Lorenzo, hasta que la religión cristiana fue legalizada y pudieron comenzar a levantarse iglesias. La tradición afirma también que, además del Santo Grial, los soldados trajeron consigo como reliquia un pie carbonizado de San Lorenzo, y que las dos primeras iglesias levantadas en Huesca, San Pedro el Viejo y San Lorenzo, pudieron levantarse para albergar cada una de estas dos preciadas reliquias.

Ante la nueva amenaza que suponía la llegada de los musulmanes en el siglo VIII, Acisclo, el obispo de Huesca, decidió huir a las montañas junto a sus sobrinos Cornelio y Orosia y llevar consigo ambas reliquias para ponerlas a buen recaudo en los montes de Yebra de Basa.



Acisclo, Cornelio y Orosia, hoy patrona de Jaca, terminaron por ser apresados y martirizados por los musulmanes, quedando su recuerdo definitivamente ligado a este hermoso pueblo pirenaico. De hecho, el pie de San Lorenzo sigue allí, en su iglesia, donde se venera junto al cráneo de Santa Orosia, pero el Santo Grial fue llevado por los sirvientes del obispo hasta el Monasterio de Siresa.

En los años posteriores, estuvo en posesión de diferentes obispos en los monasterios de San Pedro de Siresa, San Adrián de Sásabe, donde aparecer vivieron hasta siete obispos, la iglesia de Bailo y, ya en 1044, en Jaca, donde se dice que si la Catedral tiene la envergadura que ostenta es porque fue concebida para albergar el Santo Grial. Sin embargo, tan solo unos años después, fue llevado a San Juan de la Peña por el obispo Don Sancho I, quien renunció a su cargo y se retiró a este monasterio donde había sido monje.

En este privilegiado lugar, que en estos años fue objeto de un gran desarrollo gracias del apoyo de los reyes de Aragón, convirtiéndose en su panteón real, permaneció el Santo Grial durante más de tres siglos. Su llegada a San Juan de la Peña atrajo a numerosos peregrinos que realizaban el Camino de Santiago y la reliquia adquirió una



gran fama, por lo que a comienzos del siglo XIV fue embellecida con distintas piezas. La reliquia es una copa tallada a partir de una piedra de calcedonia, de 7 cm de altura y 9,5 de diámetro, que coincide con las que se fabricaban talleres sirios y egipcios del siglo I. En estos años se montó sobre un pie en forma de naveta con reborde de oro y se le unieron dos asas también de oro adornadas con perlas y piedras preciosas.

Finalmente, como ya hemos dicho, en 1399 el Monasterio lo entregó a instancias del rey Martín I, y su sobrino Alfonso V lo depositó definitivamente en Valencia. ¿Es este Santo Cáliz el verdadero Santo Grial del que hablan las leyendas medievales? Evidentemente, esa es una pregunta sin respuesta, pero como dijo el profesor Antonio Beltrán, que realizó un completo estudio arqueológico de la pieza, “si no puede afirmarse que nuestro Cáliz sea el de la Cena Eucarística de Jesús, sí que puede asegurarse rotundamente que, si alguna vez viniera a descubrirse en el mundo de modo indudable el Cáliz auténtico, ése tendría que ser necesariamente semejante al nuestro”.



La leyenda del Alto del Perdón

La Fuente Reniega

La aventura dicen que la vivió un peregrino en el Alto del Perdón desde donde se ve la altiplanicie navarra. El peregrino alcanzó el alto muerto de cansancio y de sed. Tras recuperar el resuello, comenzó a buscar entre las piedras y los matojos una fuente en la que beber. Mientras buscaba vio a otra persona que parecía ser otro peregrino aunque su sonrisa diabólica parecía desmentirlo. El peregrino se dirigió a él para preguntarle si sabía de alguna fuente cercana.

El falso peregrino le dijo que si conocía una que estaba ahí mismo con mucha agua clara y fresca pero tenía un inconveniente, que era muy cara.

El peregrino contestó que tenía algo de dinero y que podría pagarse unos tragos. Pero el falso peregrino se dio a conocer, era el diablo que se había apostado allí para buscar peregrinos a los que ofrecerles agua en abundancia a cambio de que olvidasen el motivo de su peregrinación y se le entregasen en cuerpo y en alma.

Pero nuestro peregrino le dijo que prefería morir antes que vender su alma, entonces el diablo viendo que era imposible convencerlo desapareció en una nube de azufre y lo abandonó a su suerte.



El peregrino muy desfallecido se dejó caer detrás de una peña para resguardarse del sol y esperar su muerte cuando medio en sueños creyó ver a un jinete sobre un caballo blanco que se le acercó y desmontó a su vera y, sacando de su faltriquera una concha vieira, golpeó la peña y comenzó a salir de ella agua cristalina. El peregrino pudo acercarse y beber recuperándose así de su desvanecimiento, pero ya no vio a ese jinete y entonces se dio cuenta que no podía ser otro que el Señor Santiago, que nada reclamaba a cambio de su favor.

Esa fuente sigue manando y se asegura que tiene la virtud de hacer conservar los ánimos para terminar el camino y evitar todo abandono de todo peregrino que bebe de sus aguas.

El milagro del gallo y la gallina **Hugonell, el peregrino alemán**

¿Nunca habéis escuchado, en vuestro peregrinaje, el dicho "en Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada"?

Si hablamos de leyendas en el Camino de Santiago, debemos dejar en un lugar muy especial la conocida como "El milagro del gallo y la gallina", una de las historias más conocidas en la ruta jacobea y en La Rioja. Esta leyenda tiene lugar en un paraje magnífico a la vez que mágico,



uno de esos lugares que los peregrinos conocen y de los que no se olvidan fácilmente, la localidad de Santo Domingo de la Calzada, situada a orillas del río Oja. Tan importante es la leyenda para este municipio, que es bien de interés cultural por parte del Gobierno de La Rioja. De hecho, debido a la leyenda, en la catedral calceatense hay siempre un gallo y una gallina vivos.

¿Nunca habéis escuchado, en vuestro peregrinaje, el dicho "en Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada"? Este dicho está directamente relacionado con la historia o leyenda.

Cuenta la historia, que durante el siglo XIV, en donde el Camino de Santiago aún no era un recorrido tan reconocido como hoy en día, una pequeña familia alemana quiso peregrinar hasta Santiago de Compostela. La familia estaba compuesta, únicamente, por tres personas: el padre, la madre y el hijo, Hugonell. No está clara su edad, pero al parecer rondaría la mayoría de edad, los 18 años.

El joven alemán, y sus padres, llegaron a una posada del pueblo en donde se hospedaron para pasar la noche. En la posada servía una joven que se enamoró perdidamente de Hugonell en cuanto lo vio... Sin embargo, el chico alemán no está por la labor de complacer los deseos de la muchacha, y decide rechazarla esa noche. La chica no



puede soportar la vergüenza y, con ganas de venganza, decide acusar a Hugonell de un delito.

Guarda en el zurrón del joven alemán una copa de plata y, más tarde, acusa de robo a Hugonell. Cuando el joven y los padres deciden partir a la mañana siguiente, para seguir su Camino hasta Santiago de Compostela, se presentan las autoridades debido a la denuncia de la chica. Estos miembros de la justicia revisan el zurrón del joven alemán, descubriendo en él la copa de plata.

Sólo existe un castigo para los ladrones de la época; es condenado a la horca, una de las muchas formas de cumplir la pena capital en el siglo XIV. Los padres, sin saber qué hacer por su hijo, deciden rezar a Santiago; el santo no les defraudará. El castigo impuesto por la justicia se cumple y el joven muchacho es ahorcado. Sin embargo, cuando los padres se acercan al inerte cuerpo de su hijo, Hugonell les habla y les dice que ha sido salvado de la muerte por la gracia del Santo.

Los padres no dudan en apresurarse a contar toda la historia al corregidor, que en ese momento está disfrutando de la cena y se toma un buen plato de aves de corral. El corregidor en la edad media era un funcionario real dedicado a varios aspectos, incluyendo la de hacer el papel de juez en primera o segunda instancia. Eran, en todos los



aspectos, gobernadores con competencias judiciales, militares, comerciales, etc.

El corregidor pensó que la pareja alemana le estaba tomando el pelo, y se burló de ellos asegurando que su hijo tenía tanta vida como el gallo y la gallina que estaba a punto de comerse. Es en ese momento cuando las dos aves de corral saltan del plato del corregidor y se ponen a cacarear alegremente, como si no hubieran sido cocinadas. Ante las evidencias, y pese a haber sido importunado en su cena, el corregidor tuvo que hacer caso a las peticiones de esta familia alemana.

Montes de Oca, Lemus Oque

Los temidos Montes de Oca, antaño uno de los lugares más peligrosos de la ruta jacobea, son el principal obstáculo de una etapa que dejará al peregrino a las puertas de Burgos.

Ventanal románico en la iglesia de Valmala. La poca definida estructuración geográfica de las provincias españolas en comarcas hace que para algunos, Montes de Oca sea una auténtica comarca de Burgos, mientras que para otros este territorio se reparte entre las comarcas de Sierra de la Demanda y la de la Bureba.



Siguiendo a los primeros, la Comarca de Montes de Oca ocupa un triángulo no demasiado extenso del este burgalés, junto al límite provincial con La Rioja, cuyas principales poblaciones son Belorado y Villafranca de Montes de Oca. Desde el punto de vista orográfico, se trata de un territorio semimontañoso perteneciente al Sistema Ibérico en su extremo nororiental.

Montes de Oca es uno de los pasos naturales entre los terrenos llanos de los valles riojanos y la meseta burgalesa, atravesando el Sistema Ibérico. Cuando quedó fijado el trazado del Camino Francés a Santiago, los peregrinos atravesaban estos montes tras abandonar las fértiles tierras riojanas de Santo Domingo de La Calzada en dirección a Burgos y debían superar el Puerto de la Pedraja por un territorio que oscila entre los 700 y los 1.150 metros de altitud. Estos kilómetros cruzando los Montes de Oca eran de gran dificultad debido a los empinados y prolongados ascensos que han de realizarse, además de que sus bosques eran merodeados por bandidos que asaltaban a los peregrinos.

Cruz de Ferro

Portus montis Iraci

También se cita como Cruz de Fierro. Hito de montaña (1504 m) que se alza en el Camino Francés en los montes



de León a su paso por la provincia del mismo nombre, correspondiente a la comunidad autónoma de Castilla y León. A 230 Km de Santiago. Es uno de los lugares más conocidos y cargados de simbología de todas las rutas jacobeanas, y quizá por ello el más mitificado y emocionante, con el Monte do Gozo de Santiago, primer lugar desde el que los peregrinos del Camino Francés observan la ciudad compostelana.

Situado en el entorno del monte Irago, el Codex Calixtinus (s. XII) se refiere a la actual Cruz de Ferro como portus montis Iraci. También se la ha citado y cita como puerto de Foncebadón -esta antigua población se encuentra 2 km antes, a 1.440 m- y monte de Rabanal.

Cruz de Ferro, en el punto más alto del puerto, debe su nombre al gran humilladero de piedras de origen remoto sobre el que se eleva un tronco de madera a modo de mástil de 5 m de altura culminado por una sencilla cruz de hierro. Es la máxima altitud que deben superar los peregrinos en todo el Camino Francés, salvo que hayan llegado a España por el Camino Aragonés a través del puerto de Somport, que supera los 1.600 m. Cruz de Ferro es la puerta de entrada al Bierzo y Galicia, hacia donde se comienza a descender desde este punto. Atrás va a



quedar definitivamente el paisaje recio de las llanuras castellano-leonesas para dar paso a una sucesión de pequeñas montañas y frondosas tierras de cultivo. Es también zona divisoria de aguas de las cuencas de los dos grandes cursos fluviales del noroeste peninsular, Duero y Sil-Miño.

La fuerte simbología de Cruz de Ferro no es de ahora. El lugar, por su condición de punto culminante de paso de los montes de León, por su extrema dificultad para los antiguos caminantes, sobre todo en invierno, y por ser el punto de conexión entre dos mundos geográficos y culturales siempre distintos, adquirió una dimensión trascendente. Concluía un mundo y comenzaba otro. Se cree que aquí existió un altar dedicado a Mercurio -de hecho ha sido citado como Mons Mercurii-, dios protector de los viajeros, como sucedió en otros hitos parecidos de la geografía del imperio romano.

Consustancial a estos espacios simbólicos de los caminos era la realización de ofrendas. Y las piedras -los pequeños guijarros en el caso de los humilladeros- siempre han representado ese sentido en diversas culturas del mundo. Al depositar una piedra en el humilladero que hoy todavía existe, los peregrinos de Cruz de Ferro puede que no hi-



ciesen más que reforzar una costumbre anterior, ancestral, en este paso al noroeste, una muestra de gratitud por haber llegado hasta allí. Tras muchas dificultades y penalidades, se abría ante el viajero otro mundo, tanto en una dirección como en la otra.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII Foncebadón y Cruz de Ferro eran los únicos lugares de paso hacia Galicia a través de los montes de León. Por ello el humilladero no sólo fue utilizado por los peregrinos. Los segadores gallegos que en los siglos XVIII y XIX iban cada año a la siega a Castilla tenían también por costumbre depositar en el lugar una piedra. Algún autor afirma que estos campesinos tomaron esta costumbre de los peregrinos que por allí pasaban. Las piedras depositadas a lo largo de los siglos han acabado formando el más grande humilladero vivo de España y Europa, y por supuesto el más grande del Camino de Santiago.

Todo indica que el lugar fue cristianizado con su reactivación como zona de paso de los peregrinos en la Edad Media. Se atribuye la colocación de la primera cruz a Gaulcemo, eremita con vocación hospitalaria instalado en este inhóspito lugar a finales del siglo XI. Dispuesto a prestar todo tipo de auxilio a los peregrinos, levantó un hospital para acogerlos y la cruz sobre el humilladero para



orientarlos en invierno, durante las grandes nevadas que hacían desaparecer el camino, un elemento religioso con una finalidad práctica y humanitaria que acabó dando nombre a este mítico paso.

El diccionario geográfico de Madoz realiza a mediados del siglo XIX una descripción que coincide en gran medida con lo que hoy podemos contemplar: “Es una cruz de hierro colocada en una vigueta alta y empotrada en un inmenso montón de piedras que se aumenta cada día, porque es raro el viajero que pasa y no arroja una”. La cruz original se conserva en el Museo de los Caminos de Astorga desde 1976.

Algunos peregrinos, conocedores y amantes del ritual, traen una pequeña piedra desde su lugar de origen; otros las recogen del camino durante la marcha. Los hay también que aprovechan las esparcidas por el lugar para cumplir con la tradición. Colocados de frente o de espaldas incorporan su pequeño guijarro al gigantesco humilladero y, como antiguamente se imploraba protección a los dioses, solicitan ahora la ayuda de Dios para concluir el Camino o expresan íntimos sentimientos. Muchos simplemente desean que, como la piedra que acaban de depositar, queden allí sus problemas. La piedra, resistente al paso del tiempo y a la banalidad, será testigo permanente



de la promesa y de los deseos. Son frecuentes los momentos de emoción.

Si deslumbra el humilladero desde abajo, la sensación que se tiene arriba, al borde del mástil, es la de estar sobre un montón de sentimientos, miedos, alegrías y emociones de miles y miles de personas a través del tiempo, y eso debe impresionar. No es necesario fijarse demasiado en la variedad de objetos personales, recuerdos, frases y demás elementos esparcidos entre los guijarros y la parte inferior del poste para percibirlo.

Monte do Gozo

Mons Gaudii

En español, Monte del Gozo; en francés, Montjoie, de donde deriva el término gallego Monxoi, también utilizado para referirse a este lugar. Se trata de una colina (380 m) situada en el Camino Francés, apenas 5 km antes de la meta en Santiago de Compostela. Aquí los peregrinos de esta ruta, en la que confluyen el Camino del Norte y el Primitivo, divisaban por primera vez la ciudad de Santiago y su catedral. Era -y sigue siendo- un momento de gran felicidad. De ahí el origen del topónimo.

Recibe el nombre de Monte do Gozo desde la Edad Media, con la consolidación de las peregrinaciones ultrapirenaicas. El Codex Calixtinus (s. XII) ya lo cita en latín



como Mons Gaudii y los peregrinos franceses se referían a él, en el mismo sentido, como Montjoie, topónimo de gran tradición jacobea. Otros santuarios famosos, como Jerusalén, Roma y Oviedo, disponían también de sus Mons Gaudii desde los que los peregrinos divisaban por vez primera el lugar sagrado.

Ahora, como antaño, se alcanza el Monte do Gozo tras atravesar la inmediata aldea de San Marcos, con una disposición lineal de sus casas que habla a las claras de una vinculación caminera. La pequeña y sencilla capilla de San Marcos marca el acceso al monte, que sufrió modificaciones desde la Edad Media, por lo que es difícil precisar cuál era el lugar exacto desde el que se divisaban por vez primera las torres de la catedral. Actualmente ese punto es el mirador del monte, identificable por dos esculturas de peregrinos históricos allí colocadas en el Año Santo de 1993, realizadas por el escultor gallego Acuña.

Las primeras menciones de este lugar se remontan al siglo XII. Se le identifica con una capilla para el culto, en el lugar ocupado por la actual de San Marcos y surgida, sin duda, para facilitar la oración de los peregrinos recién llegados, y con uno de los milagros de Santiago más difundidos del Codex Calixtinus, al ser recogido en la exitosa recopilación de vida de santos de la Leyenda dorada (s.



XIII) y por artistas como Juan de Orvieto, que en 1441 lo reproduce en la iglesia romana de Araceli.

Es el milagro protagonizado, en 1080, por veinte caballeros de Lorena (Francia), que ante las penalidades del Camino se juran protección mutua. Sin embargo, uno de ellos cae enfermo y es abandonado en los Pirineos por todos los compañeros, excepto uno. Tras fallecer, Santiago lo transporta milagrosamente a caballo, al Monte do Gozo. El Apóstol pidió al caballero que había permanecido con el muerto, a quien también lleva consigo en el milagroso viaje hasta el monte, que comunicase a los demás, al llegar, lo inútil que resultaba la peregrinación que estaban realizando. Era, por tanto, el Monte do Gozo un lugar con una connotación singular ya en los siglos XI y XII.

Son varios los relatos que recogen el momento de la llegada al monte, pero ninguno lo ha hecho con el detenimiento y la emoción que se advierten en la famosa descripción del peregrino italiano Domenico Laffi (s. XVII), embargado por la felicidad y la emoción: “Llegamos a la cima de una colina llamada Monte do Gozo, desde donde contemplamos la tan deseada ciudad de Santiago, a media legua de distancia. Al verla, caímos de rodillas y comenzamos a llorar de alegría y a cantar el Te Deum. Pero no



pudimos recitar más de dos o tres versos porque la gran cantidad de lágrimas vertidas por nuestros ojos no nos dejaba articular palabra. La emoción que estremecía nuestros corazones y los continuos sollozos nos obligaban a detener el canto, hasta que por fin desahogados por el llanto, que poco a poco fue cediendo, volvimos a entonar el comenzado Te Deum y de este modo, cantando, hicimos el descenso hasta la ciudad, que es hermosa y grande y siempre en obras; terminado el burgo, llegamos a la puerta.” Eran muchos los peregrinos que decidían hacer descalzos los 5 km que faltaban hasta la catedral. Los que iban a caballo descabalgaban y hacían a pie este último tramo. Resultaba un gesto de respeto y agradecimiento y de contenida expresión de la alegría por la inminente llegada. Se ha afirmado en alguna ocasión que pudo ser hacia el siglo XIII cuando surgió la costumbre de considerar “rey” de la peregrinación a la persona del grupo que lograba alcanzar en primera posición este pequeño promontorio. Es fácil imaginar hoy el gozo que debían experimentar los peregrinos de la Edad Media al llegar a este monte después del largo viaje. Su inmediata visión excitaba el ánimo al límite, después de tantos días de penalidades y emoción contenida. Este momento de la llegada y el afán por descubrir cuanto antes las torres de la catedral y la propia ciudad aparece en algunas canciones,



como en versiones de la famosa Grande Chanson francesa (s. XVII).

El peregrino Guillaume Manier, en el siglo XVIII, cuenta como sus amigos lo reconocen como rey tras ser el primero en descubrir las torres de la catedral: “Al verlas lancé mi sombrero al aire haciendo saber a mis compañeros, que venían detrás, que había visto el campanario de la catedral. Todos, al llegar junto a mí, reconocieron que yo era el rey.”

Se ha afirmado -aunque el tema está en discusión- que a este peregrino se le concedían determinados privilegios, como la posibilidad de poder incorporar la distinción a su nombre. Esta costumbre estaría en el origen de apellidos como Roi, Roy, Leroi o Rey, pero parece una afirmación atrevida en exceso. Si bien es cierto que pudo darse el caso de que algún peregrino incorporase este título simbólico a sus apellidos, dada la carga emocional que representaba, lo cierto es que no hay pruebas firmes que lo demuestren. Los franceses Denise Péricard-Méa y Louis Mollaret atribuyen esta extendida idea a la influencia de autores contemporáneos como Pierre Barret y Jean N. Gurgand, pero añaden que estos apellidos, fijados ya en la Edad Media, tienen orígenes y motivos diversos.



Por ser el lugar donde el peregrino cumplía el último rito de paso antes de entrar en la catedral, el Monte do Gozo, contó con un gran milladoiro (humilladero), hoy lamentablemente desaparecido. Con el de la Cruz de Ferro, a la entrada del Camino en el Bierzo, que sí ha logrado sobrevivir, era el más relevante del Camino Francés. Se cree que contaba con una cruz en su cima, al menos durante algún momento de su existencia. Es en la Historia Compostelana (s. XII) donde se encuentra la primera referencia, en tanto que el primer peregrino en citarlo es un anónimo inglés de finales del siglo XIV. Dice que hay “muchas piedras y cuatro pilares de piedra de gran altura y pueden ganarse cien días de perdón”.

En el siglo XV lo cita el alemán Hermann Künig von Vach en su guía (1495). Destaca la alegría que el lugar produce en los peregrinos y afirma que en la cumbre hay una cruz y a su lado “un gran montón de piedras”. Sobre este milladoiro habla también Domenico Laffi, quien indica que ante él repetían los peregrinos el rito de la acción de gracias. Esta costumbre lleva a afirmar al historiador Fernando López Alsina que fue el único de los milladoiros que anunciaban la inmediatez de Santiago en sus antiguos caminos de acceso que se transmutó en humilladero, si hacemos la distinción entre el rito ancestral lito-



lático de depositar un guijarro en estos puntos emblemáticos del Camino como señal indicadora y simbología de la llegada -el posible milladoiro original compostelano- y el hecho de orar devotamente bajando la cabeza, de rodillas en señal de acción de gracias, de donde procede en gran medida el término humilladero. López Alsina afirma que el milladoiro/humilladero del Monte do Gozo estaría en las inmediaciones de la actual capilla de San Marcos.

En el entorno de la ciudad de Santiago se constatan este tipo de monumentos desde el siglo IX, al igual que en las principales vías de acceso a la ciudad, a medio camino entre la obra del espíritu, la primera visión de la ciudad sagrada y la necesidad de señalización de límites. Existieron en las vías medievales de acceso procedentes de Aríns, Iria Flavia -se conservó el nombre del lugar en la actual población de O Milladoiro-, Logrosa, Sigüeiro y Lugo -Monte do Gozo-. En este sentido, López Alsina estima que este último fue el que adquirió un valor más trascendente: “Por él llegaba a Santiago la gran peregrinación occidental y era justamente allí donde el peregrino adquiría el convencimiento de que finalmente alcanzaría la meta soñada.”

Toda esta carga espiritual y emocional hizo que en el apartado lugar del Monte do Gozo compostelano fuese



posible ganar indulgencias, como ya afirma Purchas, el anónimo peregrino inglés del siglo XIV.

Final del Camino, Santiago de Compostela

Compostela

El recorrido por la ciudad del Apóstol transcurre por un itinerario establecido que señala el Camino de Santiago en Compostela, final del Camino. Y final de esta serie.

Santiago de Compostela. El Camino empieza en la calle de los Concheiros, llamada así en honor del gremio medieval artesano que vendían las vieiras (conchas) para los peregrinos. Continúa por la rúa de San Pedro, típica calle compostelana de casas estrechas y bajas, de aspecto medieval, ocupadas por el gremio de modistas. Pasamos por la Iglesia de San Pedro de Afora, tiene un cruceiro delante, el número doce del camino. La calle desemboca en la Puerta del Camino.

Aimeric Picaud citaba la Puerta del Camino con el nombre de Puerta Francígena, el introitus, entrada al recinto amurallado de Santiago. Una de las ocho puertas de entrada a la ciudad durante la Edad Media. Lugar donde se entregaban las llaves de la ciudad al señor feudal, el nuevo Arzobispo. Delante de la puerta, hacia el Convento de Santo Domingo, vemos el cruceiro número trece. El Códice Calixtinus se refiere a Compostela. “Es la más feliz



y excelsa ciudad de España, con la tumba del Apóstol, su arte, su encanto”. El Camino continúa por la calle Casas Reales, así conocida porque se hospedaron doña Juana y Felipe el Hermoso. En la calle de la izquierda, está la Iglesia de Santa María del Camino, después la Iglesia de las Ánimas, en la plaza de las Ánimas, presenta una gran fachada neoclásica de altas columnas y en el frontón, un grupo con las ánimas del purgatorio.

Pasamos después a la plaza de Cervantes, anteriormente llamada del pan y del Campo, vemos en el centro de la misma la fuente de Cervantes, con un busto del literato en el fuste de la columna, bajamos desde allí, por la calle Azabachería, que como su nombre indica, fue en su tiempo lugar de residencia (y de las tiendas) de los artesanos del azabache, un carbón fosilizado, utilizado para componer figuras en los talleres de esta calle.

Siguiendo la Azabachería, el Camino entra ahora en la Vía Sacra, bello rincón de piedra, reducto barroco de la monumentalidad santiaguesa. Desemboca en la Iglesia de San Paio y enfrente la Quintana. En la esquina derecha está la Casa de la Parra, y a la izquierda, el largo muro de piedra del Convento de San Paio.



Los peregrinos paran delante del bello rincón, se apoyan en el bordón, mientras su vista contempla el final del Camino, la Puerta Santa, acaban de llegar a su meta, la puerta de entrada a la Catedral de Compostela. Pasan la mirada sobre la gran extensión de la piedra, granito liso, de la enorme de la Quintana, quietud y silencio. Enfrente la fachada Este de la catedral con la Puerta Santa, el Pórtico Real, la Torre de las Campanas, a la izquierda el Convento de San Paio, en el sur la Casa de la Conga, en el norte la Casa de la Parra. Bajan las escaleras de la Quintana, el sol calienta la plaza y hace olvidar los días de lluvia, el frío y las nieblas de las montañas, entramos por la Puerta Santa, donde el Apóstol en lo alto, espera la llegada de los peregrinos con un discípulo a cada lado. Cuando no es Año Santo, el itinerario continúa desde la Azabachería hasta la Plaza de la Inmaculada, anteriormente llamada del Paraíso. Plaza donde Aimeric Picaud describe a los cambistas de moneda, los mercaderes, hosteleros, y otros gremios, esperaban delante de la puerta norte de la catedral la llegada de los peregrinos.

Leyendas de la Sombra del Peregrino...

Santiago de Compostela muestra al visitante multitud de leyendas e historias mágicas y que a algunos les gusta calificar como sobrenaturales. Una de ellas, quizás la más



conocida es la historia del fantasma o la misteriosa sombra del peregrino que cada noche desde hace siglos se aparece al anochecer en la Plaza de la Quintana.

Realmente esta curiosa imagen no es otra cosa que la simple sombra proyectada por la luz de la iluminación nocturna de la Catedral sobre un pequeño pilar de granito, al que va enganchado el cable del pararrayo, y que a su vez hace de toma de tierra.

Así pues, en la Plaza de A Quintana, justo en la base de la Torre del Reloj, y entre la Puerta Real y la entrada de la Puerta Santa, todos los días, al atardecer, poco a poco se aparece la sombra de un peregrino, ataviado con la indumentaria medieval, con su capa, sombrero, e incluso el bastón típico de los caminantes.

Hay dos leyendas que ilustran la historia y desgraciadamente, como suele ocurrir en estos casos, ambas son trágicas.

La Historia de Amor del Sacerdote y la monja de clausura:

La primera es una triste Historia de Amor, que cuenta que un sacerdote, enamorado de una monja de clausura que vivía en el Convento de San Pelayo (San Paio de Antealtares), todas las noches cruzaba un pasadizo secreto



existente bajo la Plaza de la Quintaba, y que unía la Catedral, con dicho Convento.

Un buen día, el sacerdote, cansado de esta situación, propuso a su amada que se escaparan juntos, y así poder comenzar una nueva vida y disfrutar libremente de su amor. La citó en la Plaza de a Quintana la siguiente noche, y allí se presentó ataviado con vestimentas de peregrino para no llamar la atención, pero su amada nunca apareció y nunca más supo de ella.

Noche tras noche, sin excepción, el enamorado sigue acudiendo a su cita y vuelve a la Plaza, y sigue esperando a que llegue su amada... Algún día.

La historia del Peregrino Leonard du Revenant:

La otra historia está relacionada con el Camino, y es que antiguamente, muchos presos, o delincuentes con diversas condenas, podían conseguir la indulgencia plenaria e incluso el indulto total, con la condición de peregrinar a Compostela y demostrar arrepentimiento real y devoción a Santiago Apóstol. Por tanto, esta imagen tenebrosa, podría ser la de un peregrino francés, de alta alcurnia llamado Leonard du Revenant, hijo de un noble de París, y cuya historia transcurrió allá por el Siglo XV.



Leonard fue acusado de matar a su padre con la única motivación de heredar su fortuna. Tras ser juzgado y condenado a muerte, el Duque de Borgoña intercedió ante los tribunales, (en París se rumoreaba que el Propio Duque podría ser su verdadero padre) y así pues gracias a su ayuda consiguió conmutar la pena de muerte con la imposición en su lugar, de realizar peregrinación a Santiago para redimir su pecado, lo cual le conllevaría automáticamente recuperar su honra y, como no, también poder heredar los bienes y riquezas familiares de su difunto padre en el Condado de Paris.

Leonard comenzó su peregrinación desde tierras francesas, pero al poco de cruzar los Pirineos, no pudo resistirse a los encantos de una hermosa posadera, así que se enfrentó al novio de la joven y lo asesinó de forma cobarde, esperándole oculto en el bosque, y atacándole a traición. Luego, raptó a la bella muchacha, la violó y la asesinó.

Buscado por las autoridades, consiguió huir disfrazado de Monje Franciscano, y tras muchas dificultades, consiguió llegar a Santiago de Compostela ataviado con ropas de peregrino. Ante el miedo a ser descubierto o identificado, esperó a las primeras sombras de la tarde para acceder a la ciudad, pero se encontró a esas horas con que las posadas estaban repletas, y no encontró lugar para cobijarse



y pasar la noche. Pensó que lo mejor sería acercarse a la Catedral y dormir pegado a sus muros, pues así con el amanecer podría acceder al interior de la Basílica, y que las autoridades eclesiásticas certificaran el perdón de sus pecados, la indulgencia plena, y así finalmente poder reclamar la herencia familiar.

A la entrada de la Puerta Real, y bajo la Torre del Reloj, se durmió, pero en medio de la noche, y en sueños se le apareció el espíritu de su difunto Padre, que le dijo:

¡Leonard, hijo mío!

Con tu peregrinación a Santiago de Compostela quedas redimido de la pena por mi muerte puesto que yo te he perdonado, pero cumplirás condena por los dos jóvenes a los que has asesinado vilmente en tu viaje.

Así pues, hasta que sus almas no peregrinen a Compostela y te muestren su perdón, no podrás abrazar al Santo Apóstol.

Leonard, se levantó asustado y desenvainó su espada para atacar al espíritu de su padre, pero éste fue más rápido, y clavó la suya en el pecho de su hijo. Desde ese día, el espíritu de Léonard du Revenant noche tras noche, desde hace seis siglos, monta guardia delante de la Puerta Real,



aguardando paciente a que sus víctimas peregrinen a Compostela y le salven de su triste destino.

Peregrinación a Finisterre y Muxía

Peregrinación al Finis Terrae

Único trazado con origen en Santiago y meta en el cabo Finisterre, punto más occidental de Europa, o el Santuario da Virxe da Barca en la localidad de Muxía.

El Camino de Santiago a Finisterre y Muxía es la única ruta con origen en Santiago. Su meta es Finisterre o Muxía, dos lugares de gran simbolismo y vinculaciones jacobeanas donde antaño se situaba el fin del mundo conocido. En la actualidad es uno de los trazados que gana más peregrinos y ritos. El Camino Santiago no siempre termina en la Catedral de Santiago. Desde la Edad Media fueron muchos los peregrinos –algunos ilustres, como el erudito clérigo boloñés Doménico Laffi- que, alcanzada la meta apostólica, decidieron continuar travesía hacia el lugar que simbolizaba, hasta el fin del Medievo, el último reducto de la tierra conocida, la punta más occidental de la Europa continental, el tramo final de ese itinerario mítico-simbólico que seguía el rastro marcado por la Vía Láctea y que tenía en el actual Finisterre (antiguo Finis Terrae) su rincón más extremo.



Muchos caminantes sumaban a esta atracción por el fin del mundo la seducción y/o devoción de peregrinar a aquellos lugares donde la tradición situaba prédicas del Apóstol y, la leyenda, alguno de los milagros vinculados a la ruta jacobea. Ya desde época romana, el cabo de Finisterre es un paraje cargado de todo tipo de creencias, relacionadas en muchos casos con el «milagro» del sol. Por algo se ubicaba en esta costa, según la tradición, el legendario Ara Solis, altar de adoración al sol ligado a ancestrales ritos de fecundidad y a donde llegaban cada tarde las legiones romanas para ver apagarse al astro rey en el mar.

La leyenda apunta que fue el Apóstol quien destruyó ese sitio de culto pagano para levantar en su lugar la ermita de San Guillermo, ahora desaparecida. Otra vinculación jacobea de Finisterre se incorpora al célebre Códice Calixtino, la primera guía de peregrinación hacia Santiago, que, en su Libro III recuerda cómo los discípulos del Apóstol viajaron a la ciudad de Dugium -en la actualidad, sumergida- para solicitar una autorización de un gobernador romano con la que poder enterrar los restos de su maestro en la actual Santiago. El legado, receloso, les encarcela. Sin embargo, según reza la tradición, ellos lograron huir.



Pero no solo Finisterre guardaba significaciones jacobeanas. Muxía, con su majestuoso Santuario da Barca, auténtico monumento de piedra abierto al mar, se convertía también en otro hito final de este recorrido. En la Edad Media se extendió la creencia de que la Virgen María había acudido al lugar en una barca de piedra para dar ánimos al Apóstol Santiago en su predicación por el noroeste de la Península.

A pesar de que la prolongación cristiana desde Santiago de Compostela a estos dos importantes focos de espiritualidad arranca poco después del descubrimiento del Apóstol, es a partir del siglo XIII, cuando, sobre todo Finisterre, se convierte en meca de peregrinación, en una travesía, en algunos casos, penitencial. Y es que entonces los tribunales europeos comenzaron a imponer como penitencia a ciertos reos viajar a lugares santos o remotos en condiciones precarias para saldar sus deudas. San Andrés de Teixido, también en la provincia de A Coruña, o Finisterre, son dos de esos destinos. Pero más allá de esta particularidad, el apogeo jacobeano se extiende, como en el resto de las rutas, hasta mediados del siglo XVI, cuando comienza su lento declinar.

El trazado hacia esta abrupta costa se caracteriza por sus escasas etapas pero, también, por la longitud de cada una



de ellas. Desde Santiago a Finisterre se enlaza, a través de pequeñas aldeas rurales, con Ponte Maceira, aldea de indudable encanto con puente medieval y molinos, y, de forma casi inmediata, con la noble villa de Negreira. Desde este punto se continúa, entre hermosas robledas y parajes naturales de bella factura, hasta Olveiroa, un pequeño enclave restaurado para el propio disfrute del peregrino. Es a partir de Hospital, población cuyo nombre se deriva del refugio para peregrinos que albergaba en el Medievo (y en cuyas cercanías se escondía el Vaker o monstruo de Hospital que, según la leyenda, raptaba y devoraba a los peregrinos), cuando la travesía se bifurca en su aproximación hacia la costa.

La meta no se sitúa en Muxía o en Finisterre sino en el propio Santuario de A Barca y en el cabo de Finisterre.



Trabajo de investigación, que recoge las obras que forman parte de este nuevo trabajo musical.